

Meditación

Reconciliémonos con el Señor y con nuestro cónyuge

(Música de fondo)

- **Canto inicial**

Guía:

Querido Señor, hoy venimos a estar en tu presencia y a reconciliarnos contigo, después de tantas veces que te hemos fallado, que no hemos respondido a tu amor, habiéndonos tú amado tanto y dado tantas pruebas de tu amor por nosotros.

Hoy queremos pedirte perdón especialmente por nuestras faltas de amor frente a aquella persona que tú nos regalaste para acompañarnos en el camino de la vida. Esa persona es el don más precioso que tú nos has hecho. Es la muestra más palpable de que tú nos amas con un amor fiel, total, íntimo y personal. Nadie nos ha amado como esa persona y nosotros no hemos amado a nadie tanto como a ella.

Sin embargo, Señor, así como te hemos fallado a ti, también le hemos fallado a ella. Hoy queremos reconocerlo con humildad. Queremos renovar así nuestro amor a ti y a quien tú nos regalaste para compartir con ella todo lo nuestro.

- **Canto:**

Sacerdote:

Quien ama a Dios a quien no ve y no ama a su hermano a quien ve, miente, afirma san Juan. Porque el amor a Dios se manifiesta, se prueba y se vive a través del amor al prójimo. Esa es la enseñanza que tú, Señor, nos dejaste y que tu apóstol predilecto, Juan, nos la recuerda.

Cuando te despediste de tus apóstoles, en la última Cena, les diste como testamento un mandamiento: que se amaran los unos a los otros como tú los habías amado a ellos y que permanecieran en ti como tú permanecías en el Padre.

Ya se lo habías expresado cuando enseñabas que el gran examen que tú nos tomarías al final de los tiempos, estaría centrado en ese mandamiento tuyo: amar de corazón a nuestro prójimo. Y ese prójimo, el más *próximo* que tienen junto a sí los esposos, es esa persona que les diste como compañero o compañera de vida. Esa persona a la que un día, dijeron solemnemente que la amaban como todo su ser, con toda su alma, con cada fibra de su corazón.

Cuando tú les preguntes, al término de su vida, cómo han vivido ese mandamiento tuyo, los interrogarás precisamente sobre el amor que le han entregado, que le han demostrado y probado a esa persona. Porque tú esperas que el amor que te deben a ti, te lo entreguen a través de esa persona.

- **Canto:**

Guía

Cuando nos conocimos por primera vez, cuando se cruzaron nuestras miradas, cuando un día, de pronto, alguien entre nuestras amistades, dejó de ser uno más y pasó a ser un tú único para nosotros, entonces cambió nuestra vida.

Alguien había cautivado nuestro corazón. Entonces, todo se centró en esa persona. Literalmente, esa persona nos encantó, nos cautivó, nos hechizó. Pero, ¿qué ha sucedido con ese embrujo a través del tiempo? ¿Siguió encantándonos esa persona?

Han pasado los años. En ese tú hemos descubierto muchas limitaciones. Esa persona nos ha desengañado, nos ha decepcionado... ¿Tiene ella la culpa o somos nosotros culpables de que ese amor primero haya perdido su lozanía?

Si ello ha sucedido, a menudo es culpa de nosotros dos. Por eso, hoy queremos reencantar nuestro amor. Queremos reconciliarnos, pidiéndonos perdón el uno al otro.

Preguntemonos con sinceridad: ¿No hemos dejado que esos límites y fallas humanas, que cada uno de nosotros tenemos, hayan empañado la imagen de nuestro cónyuge? ¿No hemos perdido, con el tiempo, la capacidad de admirar a esa persona que tenemos junto a nosotros? Es cierto, posee debilidades, incluso alguna vez pudo habernos ofendido. Pero, ¿no rezamos en el Padrenuestro “perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido”?

Cada uno tiene en su mano una piedra. Esa piedra simboliza nuestras culpas, nuestra dureza de corazón: aquellas palabras, obras y omisiones con que hemos ofendido a nuestro cónyuge. Extendamos las manos sobre nuestras rodillas teniendo en ellas esa piedra que simboliza aquellas culpas que ahora confesamos ante el Señor y ante nuestro cónyuge, como signo de nuestra voluntad de reconciliarnos y de renovar nuestro amor.

Hagamos un momento de silencio.

(Música de fondo más alta - O punteo de guitarra)

Voz 1 (hombre):

Señor, te pido perdón. También te pido perdón a ti, esposa mía, por haber dejado de admirar toda la riqueza, los dones y talentos que el Señor puso en tu persona para, en ti, regalármelos a mí. Perdona que haya sido ciego, que me haya fijado más en aquello que te falta que en lo que posees; que tenga más presente tus carencias que tus virtudes. Perdona que haya sido tan egoísta y que, además, haya sido poco humilde. Porque tú me conoces y tú bien sabes que yo también tengo limitaciones, que también he fallado, y que tengo carencias, a veces incluso mucho más que aquellas que puedo echar de menos en ti. Con humildad pido tu perdón.

Voz 2 (mujer):

Señor, también yo reconozco que te he ofendido. Y reconozco que te he fallado a ti, esposo mío. Muchas veces he dejado de ver en ti todo lo grande y hermoso que posees. Me he detenido más en lo que no me gusta, en tus debilidades, en aquellas cosas que me

molestan. A menudo quise hacerte y modelarte según mis gustos, y no aceptarte tal como tú eres. Hoy reconozco mi culpa. Quiero clarificar mi mirada y verte y amarte como Dios te ama.

Sacerdote:

Señor Jesús, acoge con bondad la petición de perdón de estos hijos tuyos. Haz que cada uno de los esposos que hoy se encuentran ante ti, recobren y acrecienten cada vez más la admiración del uno por el otro. Ayúdales a mantener vivo su amor. Que reconozcan con gratitud el don de tu amor. Ilumina sus ojos para que vean todo lo hermoso y todo lo valioso que tú has depositado en cada uno de ellos. Ayúdales también a que sean capaces y estén dispuestos a sobrellevar, con el mismo amor, los límites y las carencias que tiene cada uno.

- **Canto:**

Guía:

El amor consiste en salir de sí mismo, en ir hacia el tú, hacia ese tú que camina a nuestro lado y en cambiar el centro de gravedad de nuestros intereses. El apóstol Pablo lo expresa con gran fuerza en su Epístola a los Corintios: “El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso, no busca su propio interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal... El amor todo lo excusa, todo lo cree...” El Espíritu Santo, que Dios ha infundido en nuestro corazón, es quien nos mueve a amar en esta forma. Hoy lo imploramos para nosotros, para nuestro matrimonio y para nuestro pequeño reino familiar.

Porque a menudo hemos puesto nuestro yo en primer lugar y hemos buscado nuestro propio interés, preguntémonos con sinceridad: ¿no hemos estado muchas veces más pendientes de nuestras propias necesidades que de los requerimientos de nuestro cónyuge? ¿Hemos sido suficientemente atentos? ¿Le hemos hecho notar lo que hacemos por él o por ella, buscando con mezquindad su reconocimiento?

Hagamos un momento de silencio. Durante este tiempo y cuando confesemos lo que nos pesa en el alma, apretemos en nuestra mano con fuerza la piedra que tenemos en ella, sintiendo así toda su dureza, que es el reflejo de un corazón que no ama como debiera amar.

(Música de fondo mayor - O punteo de guitarra)

Voz 2 (mujer):

Señor, te pido perdón por haber estado demasiado centrada en mí misma. Y al pedir perdón al Señor, también te pido perdón a ti, esposo mío, por las veces que no estuve atenta a lo que tú necesitabas. Pensé más en lo que yo deseaba que en lo que tú necesitabas; me disculpé o me refugié en mi cansancio y no reparé en lo que a ti te interesaba. En el futuro quiero estar más pendiente de ti. Quiero servir sin reclamar reconocimientos.

Voz 1 (hombre):

Señor, son tantas las veces en que me dejé servir que, cuando me solicitaban algo, pedí que me dejaran tranquilo. Tantas veces accedí a lo que me pedía mi esposa, pero luego no realicé lo que ella deseaba. Por eso te pido perdón a ti, esposa mía, por haber sido desatento contigo. Por no haber antepuesto tus deseos a los míos, por haberme encerrado en mis problemas y preocupaciones. En el futuro quisiera cambiar mi comportamiento, siguiendo más fielmente el ejemplo y la enseñanza de Cristo, el Esposo, que dio su vida por su Esposa, la Iglesia.

Sacerdote:

Acoge, Señor, la petición de perdón de estos hijos tuyos, que quieren amarte y servirte a través de la persona que tú les regalaste como compañero y compañera de vida. Tú sabes, Señor, cuán difícil es despojarse de ese yo enfermizo y egoísta que arrastra cada uno de nosotros como herencia de Adán y de Eva. Dales, Señor, tu Espíritu y purifica su amor. Enséñales que en dar y en darse a sí mismos reside la verdadera felicidad y plenitud porque, como tú lo señalaste, sólo el que pierde su vida la ganará.

Recemos juntos: “Aseméjanos a ti y enséñanos a caminar por la vida...”

- **Canto:**

Guía:

El verdadero amor sabe escuchar; sabe intuir lo que pasa en el interior del otro. Quien ama abre su corazón para acoger al tú. Por eso, el Señor podía decir: “Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, que yo los aliviare, porque yo soy manso y humilde de corazón”. Cuán a menudo nos falta esa actitud de alma. Escuchamos poco. Estamos poco dispuestos a recibir lo que el otro quiere comunicarnos. Nos encerramos en nuestros propios criterios y puntos de vista.

Preguntémonos cuál ha sido nuestro comportamiento cuándo nuestro cónyuge se acercó a nosotros para hacernos partícipe de sus preocupaciones, para desahogarse y descansar en nosotros. ¿Nos dimos cuenta de lo que quería decirnos? ¿Lo acogimos de verdad?

Sacerdote:

Les invito a reconciliarse pidiendo perdón a su cónyuge. Cuando lo hagan los esposos, ellos ponen su piedra en la mano de su esposa. Y cuando lo hagan las esposas ellos colocan ambas piedras en sus manos. De esta forma expresamos que nuestras culpas son compartidas. Que lo que uno hace o deja de hacer repercute para bien o para mal del otro.

Hagamos un momento de silencio.

(Música mayor - O punteo de guitarra)

Voz 1 (hombre):

Señor, te pido perdón de corazón por haber estado tan lejos del ejemplo que tú nos diste. Tú eres manso y humilde de corazón y yo no lo he sido. Por eso también te pido perdón a ti, esposa mía, porque no puse mi hombro para que tu cabeza reposara en él. No te acogí con la calidez y dedicación con que debí haberlo hecho. Por eso nuestra relación

se debilitó y careció de intimidad. Quiero reconciliarme contigo. Quiero ser diferente. Le pido al Señor su gracia para poder cambiar en el futuro.

Voz 2 (mujer):

Señor Jesús, mi misión es dar vida y acoger la vida, pero muchas veces descuidé esa misión con mi actitud y en el trato con mi esposo. Por eso, hoy también te pido perdón a ti, esposo mío, porque no tuve la paz y el acogimiento que debía y quería darte. Perdona mi egoísmo y mis reclamos. En el futuro quiero reparar mi falta y estrechar aún mucho más profundamente esos lazos de amor que me unen a ti.

Sacerdote:

Como expresión de arrepentimiento, recemos juntos: “Yo confieso ante Dios todopoderoso, y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles y a los santos y a ustedes hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor.

- **Canto:**

Guía:

Señor, a unirlos por el sacramento del matrimonio hiciste a los esposos uno en tu amor. En ellos querías mostrar una luz de esperanza que brillase en medio del mundo. Son tantos los que hoy no mantienen vivo y lozano su amor primero. Hoy abundan las rupturas y discordias. Tantas veces se vive en un constante conflicto. Son tantos los que ven su vida matrimonial como una atadura, como una carga; como una competencia en la cual nadie quiere perder.

Muchas veces olvidamos las palabras que el apóstol Pablo dirigía a los filipenses: “Así, pues, os conjuro en virtud de toda exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo”. (Flp 2:1-5)

¿Somos un signo de comunión para nuestros hijos y para quienes nos rodean: nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo? ¿Sabemos enfrentar y resolver nuestros conflictos? ¿Nos dejamos muchas veces dominar por un espíritu competitivo, por una secreta rivalidad y búsqueda de poder? ¿Nos dejamos dominar por el orgullo que destruye nuestro amor y siembra la división?

Dejemos en el suelo esa piedra que simbolizaba nuestras culpas, y entrelacemos nuestras manos como signo de reconciliación y de amor.

Hagamos un momento de silencio.

(Música de fondo mayor - O punteo de guitarra)

Voz 1 (hombre):

Señor Jesús, perdona mi soberbia, mi afán de competir y de querer que en todo se haga mi voluntad. Perdóname, también tú, esposa mía, a quien debí siempre tratar con deferencia y cariño y no lo hice. Perdona mi prepotencia, mis palabras inadecuadas e hirientes, las veces en que fui violento y torpe. Quiero cambiar, quiero reconciliarme contigo. Para ello le pido al Señor el don de la humildad.

Voz 2 (mujer):

Señor, perdona mis caprichos, mi empecinamiento y mis faltas a la concordia. Perdóname tú, a quien a menudo no he sabido apoyar y comprender, guardando rencor y resentimiento en mi corazón; a quién ofendí y herí con mis palabras y mi actitud. Yo también quiero reconciliarme profundamente contigo, para ser así esa luz que disipa las tinieblas de la división y para que seamos juntos un signo de comunión.

Sacerdote:

Señor, por manos de María recibe la petición de perdón de estos hijos tuyos que han demostrado su arrepentimiento y su voluntad de renovar en ti la lozanía de su amor sponsal. Acoge en tu corazón misericordioso su entrega y renuévalos en la fuerza de tu sangre, derramada en la cruz para remisión de nuestros pecados, de esos pecados que hoy han confesado ante ti y ante sí mismos.

Sacerdote: Señor, ten piedad

Todos: Señor, ten piedad.

Sacerdote: Cristo, ten piedad.

Todos: Cristo, ten piedad.

Sacerdote:

Señor, ten piedad.

Todos: Señor, ten piedad.

Sacerdote:

Dios todopoderoso tenga misericordia de ustedes, les perdone sus pecados, les dé un corazón nuevo y los lleve a la vida eterna.

Todos: Amén.

- **Canto:**

Guía:

La gratitud es una de las claves de nuestra felicidad matrimonial. Ser agradecido implica reconocer que nuestro cónyuge es un don para nosotros y que de él hemos recibido innumerables beneficios. San Pablo escribía a los cristianos de Corintio palabras que podemos aplicar a nosotros. Les decía: “ Revestíos, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo

esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos ... cantad agradecidos, himnos y cánticos inspirados, y todo cuanto hagáis, de palabra y de boca, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre". (Col 3:12-17)

¿Reina en nosotros esa actitud? ¿Somos agradecidos? ¿Expresamos a nuestro cónyuge con palabras, con gestos, con hechos, nuestra gratitud? ¿Qué bien le hace que lo hagamos! ¿No hemos sido tal vez demasiado parcos en la demostración de nuestra gratitud? Cuántos servicios, cuántas renunciaciones, cuántas cosas dimos por obvias; cuántas veces no reparamos en el cansancio y en la entrega abnegada de nuestro cónyuge. Pidamos perdón por ello y reparemos nuestra falta.

Cada uno de ustedes tiene una tarjeta. Escribamos en ella a nuestro cónyuge cuánto lo amamos y cuánto le estamos agradecidos. Digámosle en especial por qué cosa queremos agradecerle y pedirle perdón hoy.

Se deja un momento de silencio para que cada uno pueda escribir.

(Música de fondo mayor - O punteo de guitarra)

- **Canto:**

Sacerdote:

María, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, derrama sobre estos hijos tuyos, unidos en santo matrimonio, las gracias del cobijamiento, de la transformación y de la fecundidad apostólica. Han querido reconciliarse y reavivar su amor mutuo. Implora para ellos la paz y la alegría que tu Hijo quiere darles. Muestra en ellos tu poder de Madre y de Reina, para que puedan ser instrumentos aptos y dóciles en tus manos.

Muéstrales el camino de la reconciliación y de la paz, de la verdadera libertad en el amor mutuo. Guíalos por la senda de una auténtica santidad matrimonial. Que esa alegría que brilla en tu alma, Virgen de Nazaret, de la Visitación y de Caná, resplandezca y brille en ellos. Así sea.

Consagrémonos una vez a ella, nuestra
(Nos ponemos de pie)

- **Bendición final:**

Sacerdote:

Que la bendición de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Todos: Amén

- **Canto final**